

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Dirección, Redacción y Administración, calle de la Rúa, núm. 49, esquina á la calle del Jesús, á donde se dirigirá toda la correspondencia. No se devuelven los originales.

# EL FOMENTO.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

	Plas. E.
Un mes. . . . .	1 »
Un trimestre. . . . .	2'50
Extranjero, un trimestre. . . . .	5 »
Números sueltos . . . . .	» 15
Número atrasado. . . . .	» 25

REVISTA DE INTERESES SOCIALES.

SE PUBLICA LOS DIAS 2, 6, 10, 14, 18, 22, 26 Y 29 DE CADA MES.

¿HAY FELICIDAD?

«Soy lo que ha sido, lo que es y lo que será siempre. No hay todavía hombre mortal que pueda quitarme el velo que me oculta.»

Esta inscripción, que á lo que creo, se leía en un templo gentilico, pudiera servir para denotar el emblema de la dicha. ¿Qué es, en efecto, la felicidad?

Para la dicha social se necesita un tipo de moral fijo, á que referir nuestras acciones. La moral cristiana, que es sin género de duda la más acabada, rige hoy mucha parte del mundo. De aquí se desprende, que aquellas leyes serán mejores á medida que estén más y más calcadas en la moral esta, y por tanto se hallarán más perfeccionados y serán más felices los pueblos que por ella se gobiernen. Esto en cuanto á la dicha de los pueblos, basada en la moral, y considerada con criterio independiente; que si de otra suerte se mira, no será apreciada así. Al mahometano, por ejemplo, á quien sus leyes le autorizan para tener cuantas mujeres legítimas pueda y un *harem* donde colocar cuantas ilegítimas le convenga, vería, quizá, como una desgracia la abolición de estos y otros parecidos derechos.

Hubo un tiempo en que cada secta filosófica explicaba—cuando el hombre sabía ser tan fuerte en teoría como en la práctica—la moral y religión que había de guiar los pasos del hombre sobre la tierra. Aquellos filósofos estaban completamente divorciados del politeísmo y la moral de aquellas épocas, señalando por tal motivo cada secta el plan de conducta que se había de adoptar como sistema único para realizar la dicha, cuya pauta daba el maestro.

Quién opinaba que es el deleite el soberano bien; es decir, que para los Epicúreos, la felicidad consistía en el placer y carencia absoluta del dolor; aunque los propagandistas del verdadero epicureismo encausaban esta doctrina en la senda de la sabiduría y la justicia.

Los Estoicos aseguraban que no se es feliz porque el bien ó el mal nos rodee, puesto que los males no son males ni los bienes bienes: la virtud sola, decían, sin mira alguna ulterior, ó sea tomando al hombre como término, basta para la felicidad: el filósofo, añadian, es dichoso en cualquiera situación de su vida, procurando hacerse superior á todo; y admitían el peligroso sistema del fatalismo, que obvia mucho trabajo, y acarrea una resignación forzosa.

Para los llamados Peripatéticos estriba la dicha en las satisfacciones morales y materiales, fundados en que el hombre es un compuesto de cuerpo y alma, y que ninguna de las dos quiere ni debe vivir á espensas de la otra.

Los Platónicos, místicos del paganismo, sostenían que la felicidad es buscar el Supremo Bien, abstrayéndose casi en absoluto de lo sensible é imitando lo mejor en costumbres.

Para los Cínicos la felicidad se cifraba en vivir en presencia de todos como se vive consigo mismo, despreciando la materia y sujetándola á mil privaciones, como en venganza de que una

cosa tan grosera, tan animal, encierre un eternal destello divino.

La fraternidad y comunidad que exigía Pitágoras entre sus discípulos, e á juicio de sus prosélitos lo que más contribuye á ser feliz: todos uno y todo de todos; tal podía ser el membrete de esta dicha.

El excepticismo que proclamaba Pirrón como el estado más perfecto y dichoso, es el que á fuerza de dudas ó negaciones transforman al hombre en piedra. Para estos excépticos la virtud era sombra, ó mejor dicho, nada; el amor nada; la amistad, nada; el placer y el dolor, nada también; y no tan sólo había de dudarse de cuanto atañe á lo impalpable, sino que los sentidos no son más fieles en representarnos las imágenes que el alma, los sentimientos y las ideas. Ilusión llamaban á cuanto se vé, palpa, oye y se saborea. La vida es puro sueño según ellos, y según mucho después D. Pedro Calderón de la Barca. El hombre y el mundo no son quizá una realidad. Nada hay tampoco bueno ni malo en sí mismo, decían: todo depende de las leyes y las costumbres ó del color del cristal con que se mira, como dijo muy posteriormente el poeta coronado. De forma, que para este caso patológico de excepticismo, la dicha la componía el creer á todo pura ficción, ya que de nada de cuanto existe podemos salir garantidos, llegando así á ese grado de quietud que se asemeja al mineral y al que algún reformador moderno atribuye la más grande dicha.

Para los filósofos místicos á lo Santa Teresa, la felicidad no era otra que «padecer ó morir,» en dejar cuanto antes «esta cárcel, estos hierros» que aprisionan el alma y la impiden volar á su destino.

Para los modernos ó filósofos de temporada, que dice Campoamor, la felicidad debe estar en la felicidad. Con el agudo escarpelo de su filosofía nos diseaban el alma: tratan de inferir el Verbo de la idea; las causas finales y primitivas; la perfección de la razón absoluta; el origen de los fenómenos: piérdense en el caos del pensamiento, abismo supra sensible, que por no ser nada lo es todo, y cansados y sumidos en otro infinito de remojinos y confusiones, vuelven al punto de partida, dejando aisladas sus teorías, para tratar sin duda de hallar la felicidad á lo anti-filósofo; es decir, en los senderos vulgares, como el más insignificante mortal. Entre estos hay quien recomienda la creencia en lo que se toca solamente, en la materia, que dicen increada, eterna, transformable y transformada incesantemente: arguyen que se debe ser bueno *porque sí* y porque es mejor ser bueno que malo, y no dudan—pues que las desdichas de la vida son inevitables—de que la mayor felicidad consiste en el no ser. Si entre todos hay alguno con fé en una justicia sapientísima, inmutable é incorruptible, es una fé en extremo vaga, indefinida, vacitante.

En abstracto y para quien necesita tomar una creencia como punto de partida á su felicidad, no puede hallarla bajo la débil égida de la razón individual ó discursiva que crea, transforma y modifica hasta la idea más de

sentido común, á medida de su subjetivismo: que si hay quien prefiera el camino que conduce á la verdad, á la verdad misma, en cambio para los más ese incansable anhelar y esa convicción íntima que queda en el alma después de haberse recorrido todo el camino de la filosofía—desconsuelo compendiado en las célebres palabras «yo sólo sé que nada sé»—es por sí solo bastante para que el hombre al renegar de su impotencia se constituya desgraciado.

En ese oceano de dudas é incertidumbres que se posesionan de los entendimientos que quieren ver, no hay más que atenerse á una moral hecha que sirva de norma á nuestros actos; moral que se halla aceptada por la razón colectiva, tomándola como única metafísica capaz de darnos convicciones, perfeccionarnos y asegurar cuando menos una creencia: la del bien obrar, para fundar en ella la dicha y fijar la aspiración al premio de nuestras buenas acciones dentro de su cumplimiento, siendo ella el apoyo más real á esa aspiración.

Hay otra felicidad menos trascendental, que es la que persigue el común de las gentes y que cabe dentro de la moral y las leyes. Esta deidad, dulce y voluptuosa, de faz sonriente y perfecta belleza, es quizá la más perdurable é inmaculada virgen creada. Mortal hay que habrá asido de pasada y por breves momentos una punta de su brillante ropaje; pero al extender los brazos para estrecharla fuertemente, huyó la ingrata sin dejar más que un palpitante recuerdo, una melancólica esperanza y una eternidad de penas entre estos dos términos.

¿Pero se sabe qué es lo que realiza esos momentos de dicha? Para unos el llegar á la posesión de muchos bienes de fortuna; otros, que son artistas y hombres de letras, la cifran en la gloria; otros en el poder. Hay también un sin número de epicúreos inconscientes que la colocan en los placeres de todas clases, excepto en los del corazón y el entendimiento; esto, sin descender á investigar las condiciones climatológicas en que el individuo nace y se educa, y sin tener tampoco en cuenta el temperamento, condición social, gustos é inclinaciones; que entonces cada cual tiene un espejismo peculiar que le presenta la felicidad vaciada en el molde de su gusto.

Persona hay, mimada de la fortuna, que al llegar á la meta de sus deseos se la podría considerar feliz: todo cuanto deseó alcanzó; sin embargo, no podrá decir sino que es la que más veces tuvo entre sus manos el extremo del vestido de la diosa; porque aun descartando los mifos de males anejos á la vida, ¡ay! que un deseo satisfecho, trae consigo el germen de otros; una aspiración cumplida, arrastra otra naciente; un anhelo saciado, lleva otro concebido, y así sucesivamente hasta el infinito si fuésemos eternos. Y cuando ya no tuviésemos nada que desear, aún quedaría otro deseo insaciable, inextinguible; deseo sin forma, sin realidad sensible; felicidad á que el alma aspirará siempre y que jamás verá aquí cumplida, porque esto sería la posesión de un absoluto, y lo finito no posee otro absoluto que las leyes fatales

á que está sujeto. Mas como este desequilibrio persiste siempre en nosotros y es el parecer innato ó como de humana condición, objeto acerca de él un ortodoxo ilustre: que pues hay en nuestro ser un constante anhelar á algo que nunca alcanzamos, luego ese algo es positivo, porque no se desea lo que no existe.

En suma; ¿se puede ser feliz? Si hay más cosas posibles de lo que parece y muchas más probables y más aún fáciles, ¿cómo es que esa dicha relativa y única accesible por la que todos suspiramos, camina en sentido opuesto al nuestro? ¿O es cierto que la felicidad la llevamos dentro de nosotros mismos y por eso es trabajo infructuoso correr á su encuentro?

Resuelva este problema otro entendimiento superior al mío Yo, por mí, proclamo al amor como al soberano bien, como principio de toda virtud, de toda sabiduría, de todo arte y de toda dicha. Es feliz quien sabe amar y ama; siempre feliz en medio de los mayores tormentos. Fueron felices los mártires que por amor murieron; es feliz la madre que por amor á su hijo arrostra el sacrificio; es feliz el ser abnegado que por amor á la humanidad ó á una grande idea sonríe ante la muerte con que le amenazan; es feliz la que por evitar una sombra de disgusto al elegido de su corazón, extrae de sus venas el ardiente líquido que condensa el calor de su vida y escribe un «por tí me mueren» que resume para ella todas las dichas terrestres; y es, por último, feliz quien dedica parte de sus días á enjugar las lágrimas del prójimo y se hallan sus sueños halagados por el recuerdo de que hay quien le bendice y le ama.

CIMODOCEA H. DE G.

REVISTA POLÍTICA.

En la última *Revista* publicada en El FOMENTO, adelantamos algunas apreciaciones en el sentido de que el gobierno de la república francesa no podía tolerar con paciencia que España se emancipara de su tutela, obrando por cuenta propia en sus relaciones políticas con las demás potencias de Europa, y admitíamos como probable que el Gobierno francés, si no había preparado la asquerosa manifestación hostil de que fué objeto en París Su Majestad el Rey D. Alfonso, pudiera tolerarla ó hacer poco ó nada para reprimirla; las noticias detalladas que se han recibido, hacen recaer la culpa del escándalo sobre Mr. Grevy por sus complacencias con los radicales, y ya no cabe duda sobre la responsabilidad que alcanza al Gobierno de la nación vecina acerca de un hecho que no tiene ejemplo en la historia del mundo civilizado.

Al saber la noticia del insulto inferido al Jefe del Estado, España entera ha lanzado un grito de indignación contra los miserables que han tenido la desvergüenza y el atrevimiento de ofender en la persona de D. Alfonso á la nación á que debe más miramientos el pueblo francés, por ser siempre la amiga más constante y de la que más provecho ha sacado en todas las épocas, sin duda por creernos impoten-





